

Una **escuela** que da paso a la **vida**

Durante su visita a la Argentina, la española Mari Carmen Diez Navarro conversó con *Novedades Educativas* sobre su escuela de Alicante, sobre la forma de concebir el trabajo, el papel del grupo en la tarea diaria y, muy especialmente, transmitió su pasión por sostener una escuela infantil en la que estar vale la pena.

¿Cómo es la escuela que diriges?

—Mi escuela es una escuela alegre, abierta, vital, con aciertos y desaciertos, con días nublados y con días claros, con buenos encuentros entre los implicados en la tarea educativa, y con algún que otro desencuentro. Una escuela real, auténtica, vivita y coleante. Es una escuela que da paso a las sorpresas, a las visitas, a los regalos, a las músicas, a los amigos y a cualquier cosa que venga a enriquecer el ambiente de aprendizaje. Es una escuela donde tenemos la sensación de que en cualquier momento pueden pasar cosas interesantes y aprovechables, de que la realidad está a nuestro alcance, de que hay mucho por disfrutar y conocer, de que podemos aprender poquito a poco, en amor y buena compañía. Los niños de mi escuela son como todos los niños: ligeros, jaleantes, movidos, curiosos, inmaduros, habladores, caprichosos, creativos, listos... Y a la vez son distintos a todos los demás niños, porque son *cada uno* y ése es uno de nuestros empeños. Una escuela donde quepan las diferencias y se vivan como una riqueza y un gusto y no como una dificultad. En cuanto a nuestro trabajo como maestros, creo que consiste en entender a los niños, escucharlos, contenerlos y acompañarles las crecidas. Por mi parte, y desde que empecé en este oficio, ha ido cambiando mi modo de entender la educación. He ido bajando muchos escalones, tarimas, pedestales. He ido pasando por muchos miedos, dudas, inseguridades, errores. Cómo no, por infinitas pruebas, métodos, cursillos y debates. Y por el trabajo en solitario. Y en grupo. Y por lecturas y lecturas. Y por personas y personas. Todo ello me ha llevado a acumular muchos recursos didácticos, mucha costumbre de

estar en clase, muchos ejemplos y otras cosas más. Pero yo creo que ha sido el poner la oreja atenta y escuchar lo que dicen los niños lo que me ha dado la clave para saber cómo ir manejándome en este momento. Así que, guiada por sus pequeñas voces, ahora entiendo la escuela como un sitio adonde vamos a aprender; donde compartimos el tiempo, el espacio y el afecto con los demás; donde siempre habrá alguien para sorprenderte, para emocionarte, para decirte al oído algún secreto magnífico.



La alegría y el entusiasmo que transmites por la tarea son un tanto inusuales. ¿Cómo hacer para que la realidad y la rutina no invadan la vida cotidiana de la escuela?

—Bueno, la realidad sí que conviene que esté bien presente, no podemos subirnos a una nube infantilizadora y hablar todo el rato de conejitos, de besos y de casitas de colores... La vida trae deseos que no se cumplirán, ausencias que no se llenarán, y celos, rabias, penas y demás dolores que hay que aprender a gestionar. Pero también trae amigos, aprendizajes, diversión, afectos, familia, proyectos, ilusiones... La rutina es otra cosa. Creo que en una escuela que da paso a la vida con su variedad y su fuerza no hay lugar para rutinas, ni aburrimientos, porque sencillamente no caben. Si surge la rutina es que no se ha metido la suficiente pasión, el suficiente trabajo, el suficiente deseo por parte de los docentes. A veces nombro esta mezcla de sueños y realidades con la frase: *Soñar y estar despierta*. Y con ella quiero aludir a la actitud realista y a un tiempo “soñadora” que considero que “hay que tener” en este buen oficio de maestros, que viene a ser como una artesanía. Como un tejer tapices con hilos cotidianos y con hilos de lujo, con hilos sentimentales y con hilos del conocimiento, con hilos del ofrecer y con hilos del recibir, con hilos de pisar tierra y con hilos de volar, persiguiendo el deseo de hacer una escuela amable. Porque soñar hace falta, pero para poder caminar hacia la realidad, para poder cambiarla. Yo

camino buscando una senda en donde la experiencia, la pedagogía y el deseo de enseñar se reúnan, y permitan brotar otras posibilidades, otras paredes, otros maestros y otros “currículos”, con menos erres y con más corazón.

Los niños pasan muchas horas en las instituciones ¿Qué es lo que “no debe faltar” en una escuela para que los niños aprendan y disfruten?

—El niño en sus más tempranas edades aprende mirando, tocando, oliendo, escuchando, probando, imitando, repitiendo, recreando. Moviéndose, corriendo, actuando. Observando, haciendo hipótesis, comprobándolas una y mil veces. Acercándose a la naturaleza. Buscando sentido y significado a las cosas. Interesándose por su cuerpo, su sexo, su nombre, su origen... Y el de los otros. Expresándose desde adentro con imaginación y libertad. Buscando placer en los juegos, las historias, los inventos. Probando a hacer las cosas por sí mismo. Acercándose a los demás. Aprendiendo a entender y dar nombre a lo que siente. Acercándose al mundo de las palabras, desde los cuentos, poemas y teatros, hasta el aprendizaje de la lectura y la escritura. En la escuela infantil, pues, habremos de elaborar propuestas didácticas que se adecuen a ellos, de tal modo que no se les presione a un aprendizaje veloz y sin sentido, sino que se les ofrezca ir aprehendiendo de la realidad las cosas que vayan despertando su curiosidad natural y a las que pueda otorgar significado, engarzándo-

las en otros aprendizajes. Por lo tanto, tenemos que pensar en estas formas de aprendizaje que son propias al niño y desde ahí organizar el día tras día en la escuela, y según cómo se conciban y articulen estas estrategias didácticas, saldrá uno u otro tejido, una u otra manera de vivir la tarea educativa.

En el trabajo cotidiano, ¿te propones fortalecer la idea de grupo, el sentimiento de pertenencia, la idea de co-laboración?

—Siempre me ha interesado este tema. Es tan importante sentir que se tiene “sitio” en el grupo... Recientemente, en un artículo titulado “Los patos cabezones de la Patagonia” hablaba de los lugares en el seno del grupo, a cuenta de esos patos que vi en la televisión y que primero me interesaron por ser cabezones y luego por ser patos. En él hago unas reflexiones sobre la relación que hay entre el lugar que uno ocupa en el grupo y el lugar que ha encontrado preparado para él en el núcleo familiar, sobre la constatación de que no para todos es fácil “situarse”, sobre las muchas variantes personales y sobre que hay que respetar y acompañar los procesos, dando tiempo al crecimiento individual, sin imponer o depositar nuestras maneras. Comento también algo sobre defensas y ataques. Lugares y pertenencias. Identidades y grupos. Me parece esperanzador pensar que en ocasiones se pueden ofrecer caminos de cambio desde

Últimamente me preocupan las prisas locas de hoy

En este tiempo uniformemente acelerado en el que estamos inmersos, padres, niños, maestros y tantos más nos sentimos a veces con demasiadas tareas por delante, sin momentos para reflexionar, con poca calma y bastantes soledades. Y nos vemos atrapados, casi sin darnos cuenta, en este remolino del “no-tiempo”, mientras los niños se van haciendo mayores ante nuestros ojos excesivamente cortos de vista.

Hoy, ofrecer espera a los procesos del crecimiento resulta más complicado de lo que parece. En esta “era de las prisas”, se vive como algo terrible y casi, casi, “frustrante” tener que esperar para la más mínima cosa. Con los niños también tenemos prisa. Queremos que crezcan a la carrera, y además que sean inteligentes, que no lloren, que no tengan traumas, que aprendan inglés lo antes posible, que sean buenas personas, que no den mucha lata, que sean simpáticos, autónomos, modernos y creativos. A pesar de que, como todos sabemos, un niño no se hace en un día...

Pero resulta que los niños pequeños, aún tan en contacto consigo mismos, aún tan centrados en su cuerpo y en su propio bienestar, no entienden nuestras prisas. Y nos miran con cara de perplejidad cuando les pedimos que desayunen rápi-

do porque se nos hace tarde, que caminen ligeros y sin entretenerse porque llegamos justos a la escuela, que digan “corto y claro” lo que tienen que decir porque nos falta tiempo para esto o para lo otro... y así todo el santo día. En la escuela también les metemos prisa por aquello de que “no hay que perder el tiempo”, de que “hay que aprender mucho”, de que las tareas a hacer son tantas, que, si no vamos a un buen ritmo, no nos dará tiempo a acabar el programa previsto...

Quizás tendríamos que intentar preservar a los niños de esta tortura colectiva que nos hace llenar apretadamente todos los minutos del día, como si de un momento a otro se fuera a acabar el mundo. Quizás tendríamos que dejarnos recordar por ellos cómo se hace para vivir cada una de nuestras actividades con la concentración y la intensidad con que ellos las viven. Quizás tendríamos que preguntarnos si es saludable este ir de un lado a otro para alcanzar quién sabe qué magníficas cosas, este hacer tantas veces sin pensar, o este vivir aparentemente a todo fuego, pero a menudo sin encender ninguna mecha.

Afortunadamente, en cualquier momento podemos tomar-nos un respiro... y vivir.

Una reflexión sobre el tema de la agresividad

En la actualidad se está creando un preocupante fenómeno de alarma social en torno a la sensación de peligro, de inseguridad y de miedo que provocan las actitudes violentas, agresivas, o dañinas. Los medios de comunicación nos tienen informados al día, al minuto y casi al segundo de todas las agresiones “de interés”, por lo que es fácil que a cualquiera nos entren ganas de tomar precauciones, de escondernos, de protegernos y... de no fiarnos ni de nuestra propia sombra.

En este clima de cotidiana presión de los medios, es lógico que veamos e interpretemos como actitudes agresivas cosas que a lo mejor no lo son, al menos en lo que se refiere a los niños pequeños. No hace tanto tiempo veíamos con menos miedo los normales tanteos peleones de los niños en sus primeras edades. Hay unas conductas de ataque y defensa, que son naturales, que forman parte de la evolución, que toda la vida se han dado y que es necesario mirar con ojos pacientes, “evolutivos” y “no alarmistas”. Y a pesar de que algunos de esos comportamientos aparenten violencia, agresividad, poco respeto y hasta

“maldad”..., eso es si se miran con inquietud. Porque también podrían verse como los pulsos o probaturas que los cachorros de cualquier especie hacen para conocer sus posibilidades, su fuerza, para “medirse”, para saber de sí mismos y de los otros, para aprender a defenderse.

Lo que habría que ver es si los “escarceos peleones” de los niños están más o menos dentro de los límites de la normalidad o la sobrepasan, convirtiéndose en una repetición, que haría pensar más en un detenimiento en su evolución, que en otra cosa. Cuando un niño está siempre preparado para el ataque, el insulto, el empujón o el enfado, habría que pensar que algo le está pasando. Algo que le tiene sujeto a unos impulsos que no le permiten disfrutar con la suficiente holgura de las relaciones con sus “iguales”.

Ofrezcamos a nuestros niños el regalo de una ley acompañada de afecto, que les abrirá el paso a posteriores decisiones autónomas e independientes. Y en vez de dejarnos asustar por las noticias... ¡ejercemos un poco de adultos, que para eso estamos!

la escuela cuando se interviene en edades tempranas y en el sentido de abrir, sugerir o esperar a que los tanteos de cada niño den como fruto un mayor afianzamiento, unos pasos más hacia la autonomía y, en fin, una mejoría, un cambio o un “atreimiento” en la búsqueda de otros lugares que sean más acordes con los propios deseos.

No se habla tanto de “afectos” en los discursos pedagógicos. ¿Qué relación tienen con el aprendizaje?

—En la escuela, y sobre todo en la escuela infantil, por ser el lugar de las primeras salidas al afuera, de reconocimiento de uno mismo y encuentro con los demás, el universo afectivo y de relación con los otros es algo así como un volcán bien despierto. Siempre en movimiento, siempre alerta, siempre recopilando realidades interiores y exteriores, siempre presto a entrar en una erupción, que devendrá en otros pasos, otras vivencias, otros barrotes, otros equilibrios inestables, que seguirán explotando interminablemente. En la escuela, más que los aprendizajes curriculares, lo que se juega son los acontecimientos afectivos, motores del mundo interior de cada cual, contenedores de todas nuestras experiencias y de nuestros deseos, miedos, recuerdos, cariños, rivalidades, e incertidumbres. Y estas fuertes conmociones sentimentales que invaden a los niños pequeños sólo serán legitimadas, reconocidas y entendidas por ellos en la medida en que vayan siendo vertidas en palabras. Expli-

ciar lo que bulle por dentro en ese volcán siempre activo será un trabajo preciso y precioso de cara a la salud y bienestar de cada niño y de cada grupo de niños. Y en esa explicitación, los maestros, los padres y, en fin, los adultos podemos acompañarlos, darles pistas y animarlos a conocer, y a salir desde sus propias identidades en crecimiento. Porque el mundo de los sentimientos influye poderosamente sobre el mundo del aprendizaje y puede darle alas o frenarlo, darle alegría o agobio, darle apertura hacia los demás o cerrazón. Y porque, además, según sea “el piso de abajo” de cada cual, así será la manera en que se mostrará al exterior, en que aprenderá, en que se relacionará y en que reaccionará ante las cosas que le vayan sucediendo. ■

Silvia Itkin

INFORMACIÓN ADICIONAL

Mari Carmen Diez Navarro es maestra, psicopedagoga y especialista en educación infantil. Es la coordinadora pedagógica de la Escuela Infantil Aire Libre de Alicante, España. Autora de varios libros como *El piso de debajo de la escuela*, *Un diario de clase no del todo pedagógico*, y *Arte en la escuela infantil*, publicado en 2006 por Novedades Educativas, en el marco de la colección 0 a 5, La educación en los primeros años. En su reciente visita a la Argentina, ofreció conferencias y capacitación docente en el Instituto Platerillo de la ciudad de Buenos Aires. Página Web: www.carmendiez.com